

Ladrillos de luz Rogelio Salmona (1929-2007)

Jorge Ramos de Dios

Maestro en arquitectura, profesor consulto de la Universidad de Buenos Aires

Secretario de investigaciones de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU/UBA)



Cubierta transitable de la Biblioteca Pública Virgilio Barco en el parque Simón Bolívar, Bogotá, 1999-2001
Fotografía: Carlos Naranjo

Hace ya 30 años, un día de calor de mil demonios, bajo un sol que rajaba la tierra, y a pesar de una jaqueca crónica que lo tenía a mal traer, lo vi emocionarse hasta las lágrimas ante la capilla del Pocito, esa joya del siglo XVIII mexicano, en la Villa de Guadalupe, obra de Francisco Guerrero y Torres.

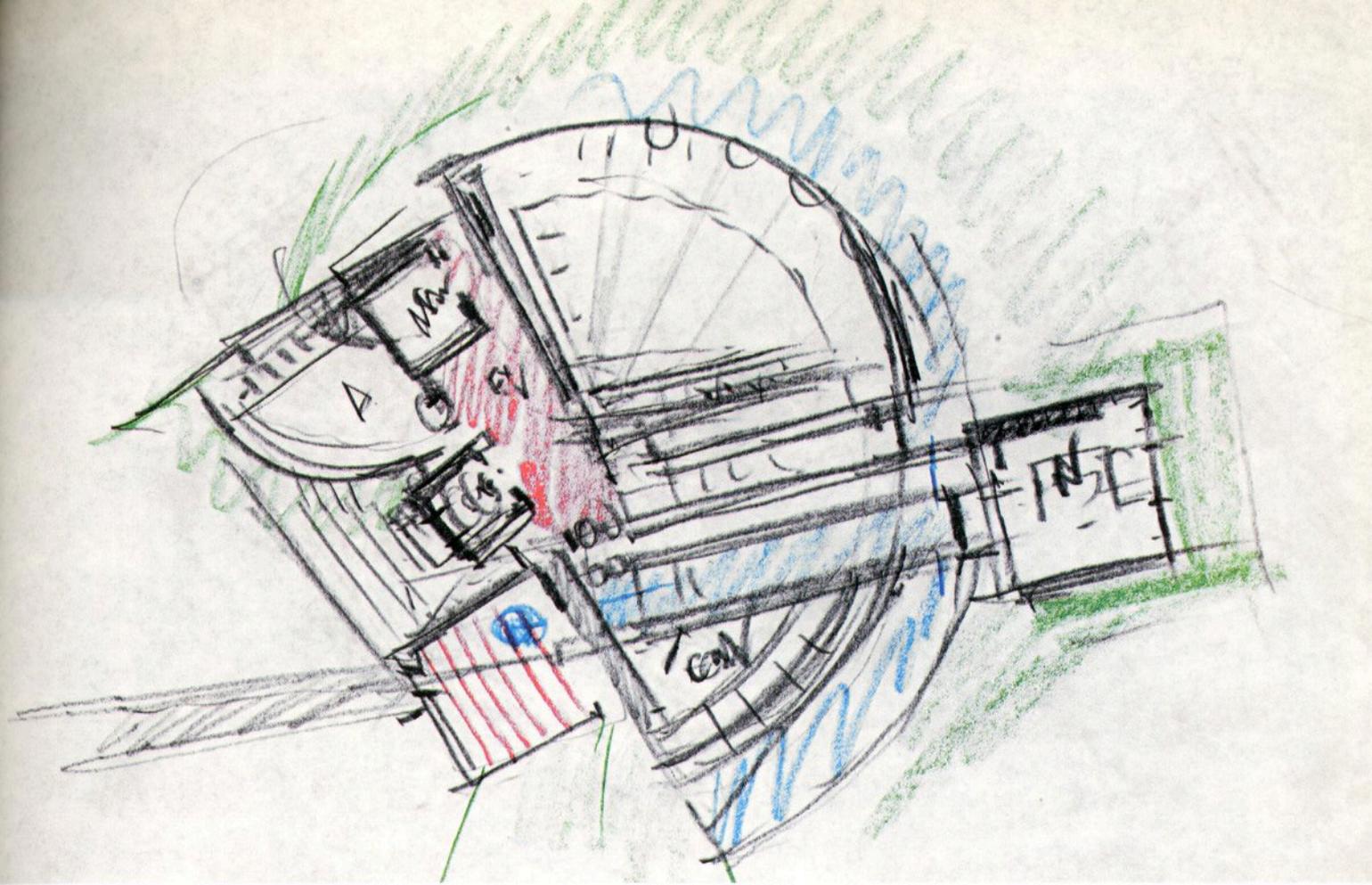
"¡Coño... qué espacio!", fue lo único que dijo.

Sus croquis de viaje, su goce de paseante entre calles, piedras y gentes, alimentaron siempre la magia constructora que supo expresar en clave de modernidad americana. De ello daba cuenta cuando entendía la arquitectura como "una síntesis inteligente de vivencias, de lecturas, pasiones, de puñados de nostalgia".

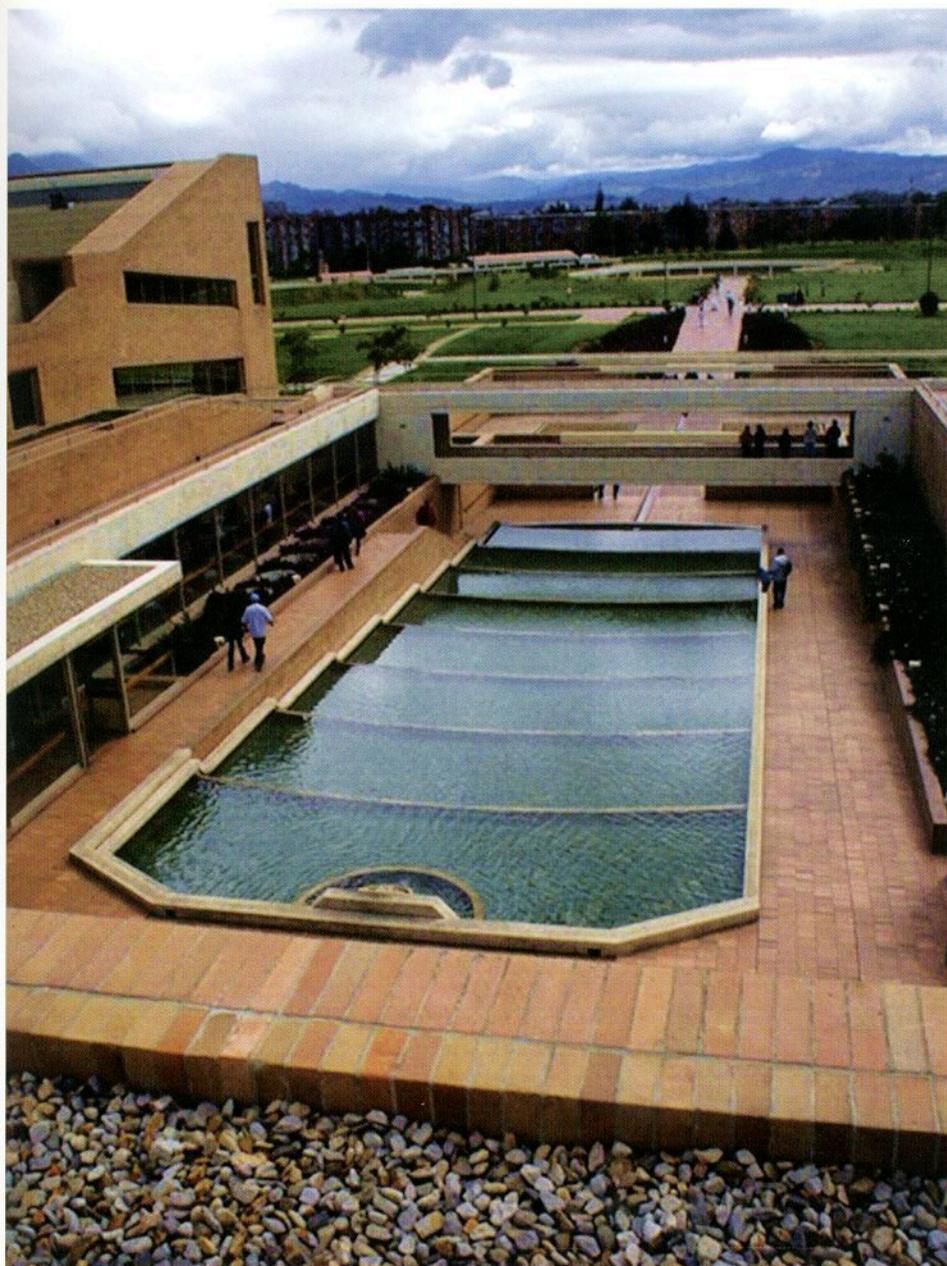
Para Rogelio Salmona, todo el mundo hispanoamericano era pasión, una revelación constante: desde las explanadas mesoamericanas, reencarnadas en el Museo Quimbaya y la Biblioteca Pública Virgilio Barco, hasta los textiles andinos o los labrados muros mayas, inspiradores de sus pavimentos, de las cremalleras y celosías de ladrillo. En esos "rincones de memoria" —como los llamaba Bachelard—, recuperaba de Al-Andalus la secuencia de espacios, la intimidad de los patios, el silencio de las galerías, la lógica de la imbricación y el diseño con agua, más cerca de la fruición que de la hidráulica. Ese juego del agua que llevó a su máxima poética en sus arquitecturas, con estanques tersos o fondos vibrantes, canales siseantes o rumorosos, a veces corriendo por un pasamanos, otras atravesando un patio.



Rogelio Salmona y Jorge Ramos de Dios
en el Café de Rosita, Bogotá

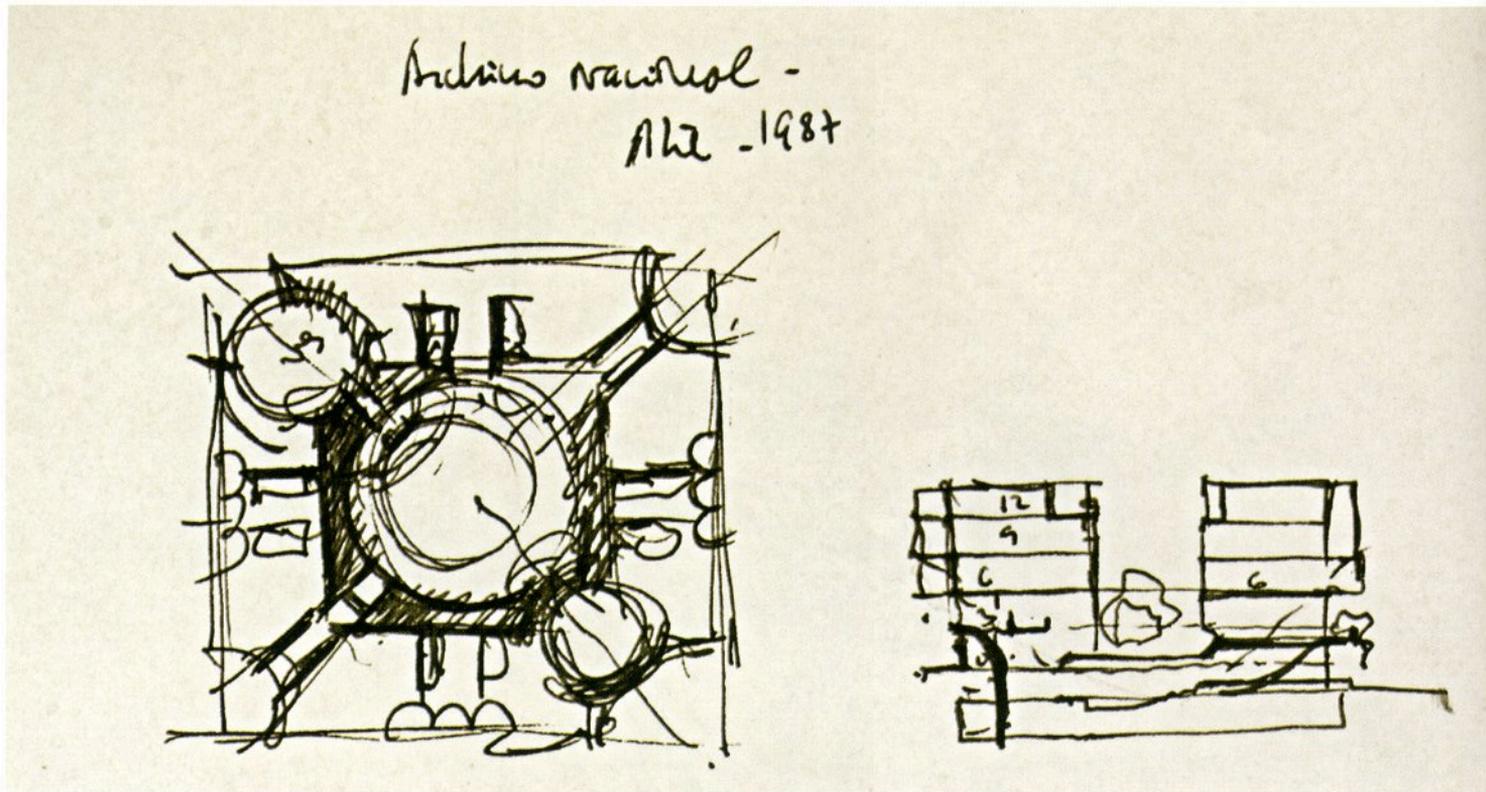


Esquema preliminar de la Biblioteca Pública Virgilio Barco
Archivo: Rogelio Salmona

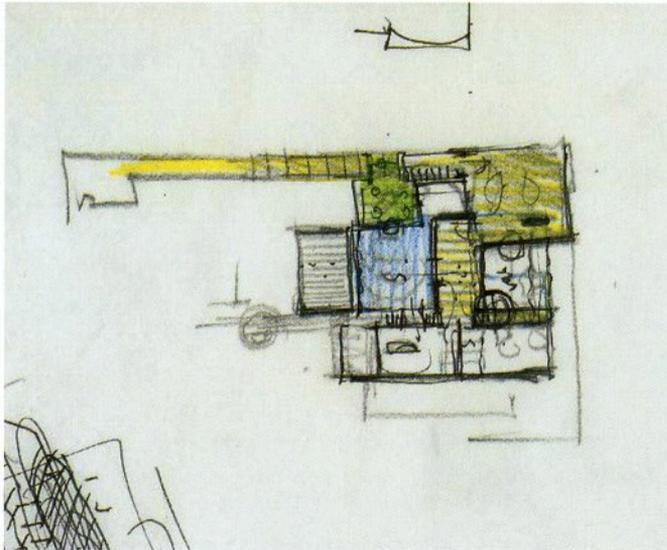


Biblioteca Pública Virgilio Barco
Fotografía: José Alejandro Pachón Riveira

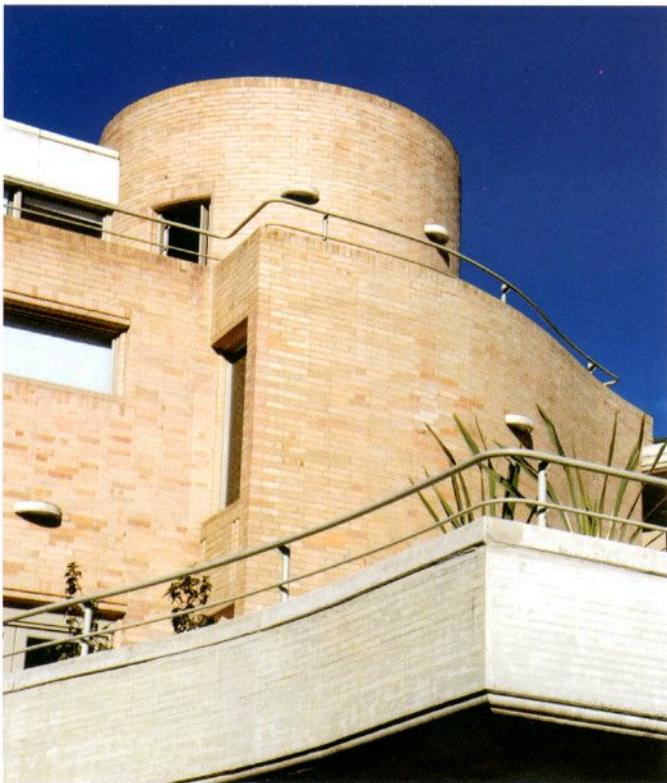
"Salmona entendía la arquitectura como una síntesis inteligente de vivencias, de lecturas, pasiones, de puñados de nostalgia"



Archivo General de la Nación, Bogotá, 1987-1994
 Archivo: Rogelio Salmona



Esquema inicial para la casa de García Márquez, Cartagena, 1991-1994
 Archivo: Rogelio Salmona



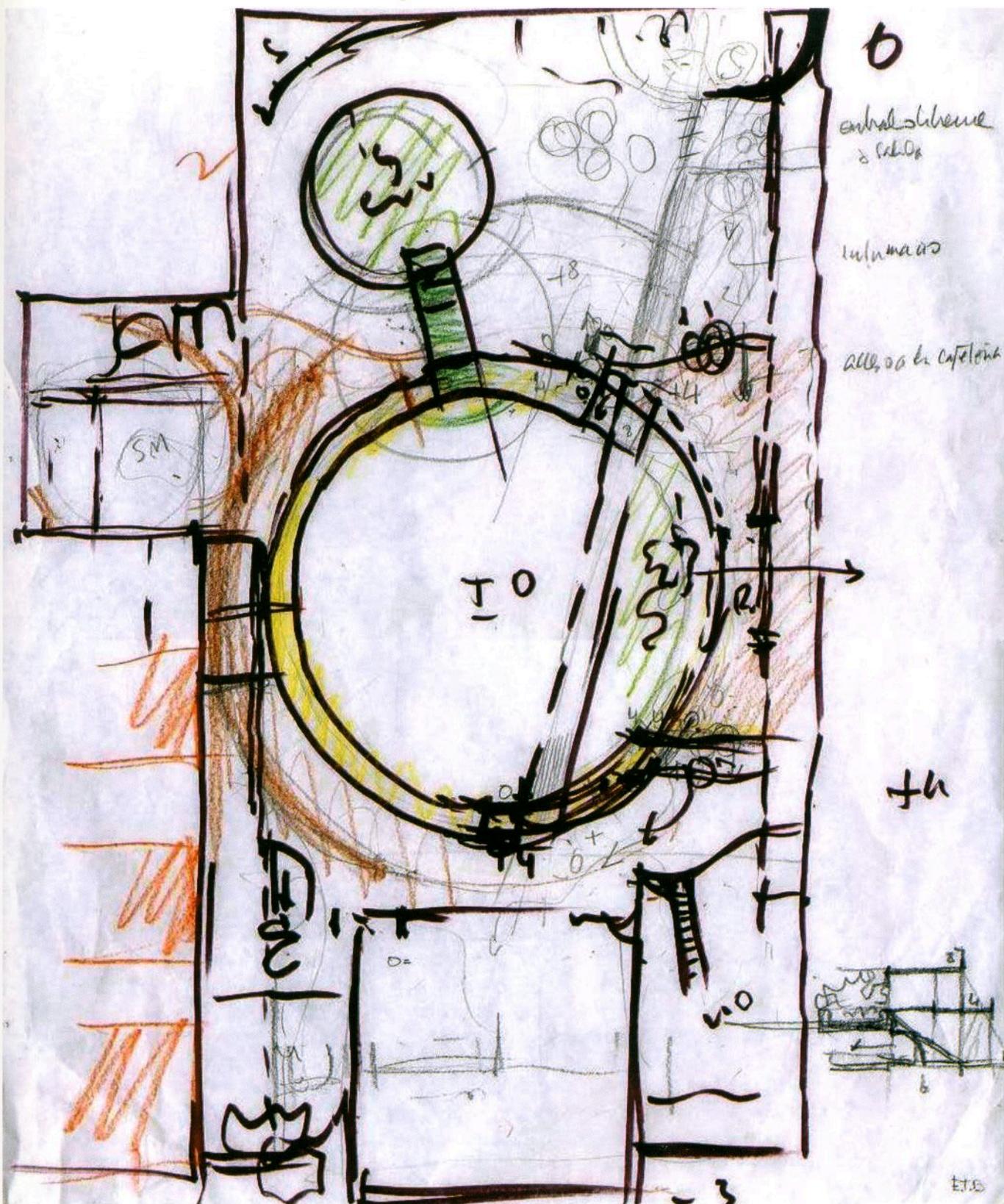
Centro Cultural Gabriel García Márquez del Fondo de Cultura Económica
 Bogotá, 2004-2008
 Fotografía: Carlos Naranjo

Rogelio luchó toda su vida por la defensa y calidad del espacio público, subrayaba que "hacer arquitectura en Colombia y en América Latina es un acto político"

Rogelio dejó una huella significativa en Bogotá, su ciudad. Por un lado, torera y salmonada, con sus tres picos del parque que abanicaban el piedemonte. Por otro, peatonalizada en la Jiménez de Quesada, mezcla de bulevar y río redimido. Más al sur, depositaria de la memoria con sus dos arcones enclavados en el centro histórico. Cuando Carlos V decretó "ciudad" a la Bogotá recién fundada, Machuca le construía su palacio en Granada. Cuatrocientos cincuenta años más tarde Salmona lo evocó con estos cubos ocre-rojizos, uno de ellos perforado por un formidable cilindro, que esta vez es patio público, al cual, tal como en sus casas, se entra por un zaguán de esquina. Nos referimos al Archivo General de la Nación, un hito urbano que dialoga con otras figuras cúbicas: las manzanas del conjunto Nueva Santa Fe, también con patios urbanos —ahora cuadrados— en los que ingresamos por los ángulos y atravesamos en diagonal.

Estos recorridos sesgados, recurso tan frecuente en sus casas de patio, son casi un ideograma salmoniano, con recodos misteriosos y accesos en bayoneta, a lo mudéjar, de lo cual la casa García Márquez en el barrio cartagenero de San Diego es un ejemplo exquisito. El patio como ámbito generador de vida, íntima o social, se repite en edificios públicos. En el Automóvil Club de Colombia, por ejemplo, las diferencias entre espacios privados y públicos, entre patio y calle, se disuelven. Rogelio entendía ambas dimensiones como confluentes y como peculiaridad del habitar latinoamericano y caribeño.

En los últimos tiempos, los edificios de Rogelio comenzaron a vivirse por sus techos, no en tanto quinta fachada sino como espacios habitables. En nuestro último encuentro, platicamos de lugares y recuerdos, mientras caminábamos por las azoteas de la Biblioteca Barco con una llovizna invisible. Allí, así como en el edificio de Posgrados en Ciencias Humanas de la Universidad



Croquis preliminar del Centro Cultural Gabriel García Márquez
 Archivo: Rogelio Salmona

Nacional, y en el reciente Centro Cultural Gabriel García Márquez, las azoteas son un evento en sí mismo, diseñadas para caminar, reunirse, asomarse, descansar; tal y como ocurre en la casbah de Túnez o de Argel. Son una suerte de territorio que Rogelio recuperó para la gente, tras ganárselo a las palomas y los gatos.

Cabe destacar finalmente que Rogelio luchó toda su vida por la defensa y calidad del espacio público, subrayaba que "hacer arquitectura en Colombia y en América Latina es un acto político". Pues sostenía que:

La arquitectura es un bien social como lo es el espacio y debe pertenecer a la colectividad entera y no sólo a unos cuantos. La imagen, la ocupación del espacio y la silueta de un edificio deben pensarse en función de la ciudad y de toda la comunidad y no exclusivamente del cliente, de su programa y de su valor publicitario.

Rogelio tuvo la virtud de conjugar ese acto político con uno poético, con ladrillos de luz, de penumbra, de humedad, de melodía y de silencio. ■